

## Leonardo Amador Montesinos

La vocación política de Leonardo Amador Montesinos tuvo su despertar en La Plata. En la ciudad de las diagonales, a la que había viajado para desarrollar la carrera de medicina, descubrió que sus ideas tenían cabida dentro del movimiento de jóvenes que seguían como líder a Juan Domingo Perón.

Así, pese a que nunca antes había experimentado actividad alguna en ese sentido, pasó a engrosar las filas de la Juventud Peronista (JP).

Cuando planteó en su casa de Tres Arroyos la decisión, los papás se sobresaltaron. No sólo porque desconocían la inclinación de su hijo, la que nunca había demostrado durante su etapa secundaria, sino porque además ellos mismos habían estado distanciados de toda implicancia política. De hecho, en su condición de extranjero, don Mateo Montesinos nunca participó con su voto en ninguna elección argentina.

En una entrevista que concedió poco antes de su fallecimiento, el padre de Leonardo puso de manifiesto la sorpresa con que reaccionó cuando su hijo le informó que adhería a las filas de la Juventud Peronista, acotando que aunque no compartía aquella idea, tampoco interfirió para evitar o desviar su interés.

“El tenía una idea. Yo nunca se la quite, a pesar de que no la compartía. Nunca quise votar, cosa que podía haber hecho, pese a ser extranjero. Cuando ‘Leo’ fue a La Plata y volvió con la idea de que quería ser peronista, yo no quise interferir”, explicó.

## II

Leonardo viajó a La Plata en 1973 decidido a convertirse en doctor. En Tres Arroyos, su ciudad natal, había cursado los estudios primarios y secundarios, pasos en la enseñanza que dio en la Escuela N° 1 y el Colegio Jesús Adolescente, respectivamente.

En la capital provincial recaló, una vez que viajó para comenzar a cursar en la facultad, en una pensión ubicada en la calle 47 y 115, en la que vivían aproximadamente unos quince estudiantes, de los cuales al menos tres procedían de su misma ciudad.

Quienes le conocieron en esa etapa vieron en él una decidida vocación médica, aunque también se preguntaban cómo haría, una vez recibido, para compensar la práctica de su actividad profesional con el miedo o temor que solía demostrar ante cada enfermedad que le cabía a él o a alguno de sus compañeros. Un dolor de cabeza, un resfrío o una gripe, podían representar para “Leo” la más temible dolencia. Ante esas adversidades mostraba un costado quejoso que difícil le resultaría compatibilizar con su futuro rol de médico.

Más este era sólo un detalle de su personalidad. Al calificarlo en términos generales, nos encontramos con al menos dos versiones sobre su persona, ambas provenientes de compañeros que le trataron durante su época universitaria.

Unos lo calificaron como “fantasioso, muy mujeriego y gran hablador, hablaba todo el tiempo, de cualquier tema”, mientras que los restantes se refirieron a él en términos más calmados, definiéndolo como “un ser de muy buen carácter y muy tranquilo”. Ambos, no obstante la contradicción, coinciden en un aspecto: el humano. “Humanamente siempre se brindaba a los demás”, expresaron.

## III

En la pensión donde se alojó, Leonardo se mostró siempre como un estudiante compenetrado en su carrera. Hablaba de política, pero no era su principal tema y, mucho menos, su razón de ser.

No obstante, cuando participaba de un debate exponía su visión del mundo, la necesidad de luchar contra el imperialismo, manifestando que su razonamiento se encontraba cabalmente representado por la Juventud Peronista (JP), cosa que no llamó a extrañeza porque la mayoría de los estudiante universitarios de entonces comulgaba la misma identificación.

No obstante, los compañeros de albergue no encuentran plafón suficiente como para ubicarlo en una decidida acción militante –salvo que concurrió al velatorio por la muerte de Juan Domingo Perón-, aduciendo que incluso no les consta que haya participado de las movilizaciones que realizó la JP en La Plata, como así tampoco que estuviera incursionando en algún trabajo de base que, por lo general, en ese tiempo consistía en hacer tareas solidarias en las villas de emergencia. Por lo menos ese fue el Leonardo Amador Montesinos que conocieron hasta que, en 1975, abandonó la pensión, para regresar al albergue en 1976.

#### IV

Mientras vivió en La Plata, Montesinos fue una de las personas que con más ahínco impulsó las actividades del CEUTA (Centro de Estudiantes Universitarios de Tres Arroyos), entidad de la que llegó a ser presidente al resultar electo para tal cargo por sus propios compañeros y convecinos.

De carácter emprendedor, aunque no exento de la bohemia lógica de la juventud, Montesinos hizo suyo el principal objetivo del CEUTA, que era la compra de una casa en la capital provincial para albergar allí a aquellos jóvenes procedentes de Tres Arroyos que no pudieran costearse el alojamiento, garantizándoles de tal manera un techo mientras desarrollasen sus estudios.

Las actividades realizadas con este fin fueron varias y comprenden todo el abanico imaginable de tareas, desde la organización de una kermesse en La Plata hasta un kiosco durante los veranos claromequenses.

En procura de tal fin llegaron a entrevistarse, en 1973, con José Abel Del Vecchio, quien en las elecciones de ese año había sido electo intendente de Tres Arroyos por el peronismo.

De visita en La Plata por gestiones comunales, el titular del Ejecutivo municipal recibió en el Hotel Provincial, en calle 8 entre 50 y 51, donde se hospedaba, a una delegación del CEUTA encabezada por Montesinos.

El planteo central de la reunión fue, obviamente, la necesidad de comprar un inmueble, para lo que necesitaban el apoyo municipal. Pero en el encuentro también se tocaron otros temas, haciéndose referencias directas a la situación política nacional, provincial y local, dándose en éste último aspecto una curiosa anécdota.

Indudablemente poco sabía Del Vecchio de aquellos muchachos y lo mismo éstos del intendente. Los estudiantes le obsequiaron al jefe comunal un cuadro conteniendo un dibujo de Eva Perón, firmado en el dorso por todos los integrantes del CEUTA. Ante aquel gesto, que agradeció encantado, Del Vecchio les contó que en Tres Arroyos había problemas internos en el PJ, ofreciéndole Montesinos -en un acto de solidaridad-, viajar hasta la ciudad con “los muchachos de la JP de La Plata”, a los cuales estaba vinculado, para intentar acercar las partes.

La paradoja del caso fue que, precisamente, el sector al que estaba enfrentado Del Vecchio era la JP, ala a la que adhería Montesinos, la cual había sido criticada duramente por el intendente durante la reunión.

## V

Como se dijo, en 1975 Montesinos abandonó la pensión de calle 47 y 115 para independizarse. Esa experiencia duró solo un año, pues retornó al albergue en 1976.

Pero en 1977, año de su desaparición, decidió intentar nuevamente la vida en departamento, razón por la que alquiló un inmueble que estaba ubicado en calle 44 N° 374, el que al mismo tiempo subarrendaba a dos muchachos paraguayos, con lo cual reducía el nivel de gastos que le demandaba la experiencia.

De aquel lugar salió caminando, la tardecita del 5 de febrero de 1977, hasta que en algún punto del trayecto que une las calles 41 con la 44, personal uniformado lo detuvo en la vía pública cuando el reloj marcaba las 20 horas.

Para entonces Leonardo contaba con 23 años de edad, todo lo cual se desprende de la fecha de asentamiento de su partida de nacimiento, la que da cuenta que vino al mundo el 17 de noviembre de 1953, por lo que a finales de año festejaría su "cumple" número 24.

Se desconoce por qué lo detuvieron, quiénes, en qué circunstancias y a dónde lo trasladaron.

La noticia de su detención nunca confirmada por ningún estamento oficial, corrió bajo la forma de rumor y así se enteraron sus padres, amigos y compañeros. "Nos enteramos que había salido a estudiar y que nunca había llegado a destino".

La versión, ya para ese entonces, sorprendió a los padres, que habían sentido que pasaban cosas raras, pero no le habían dado demasiado crédito. Don Mateo Montesinos recordó que un viajante le había contado de la desaparición de un pariente suyo, suponiendo que lo habían torturado y/o matado, lo que lo llevó a pensar que el vendedor estaba mintiendo, loco o algo por el estilo. "No puede ser que pasen cosas así", reflexionó en la oportunidad.

En un marco de mayor realismo que el del progenitor, la posibilidad de la desaparición de Leonardo no resultó extraña en sus jóvenes compañeros de universidad, pues sabían qué tipo de cosas estaban ocurriendo y, además, algunos habían vivido experiencias cercanas que les generaron temor, aunque no pasaron a mayores.

"En ese momento no fue una gran alarma –relató un ex compañero del albergue de 47 y 115-. En la pensión ya habíamos tenido un muerto, al que habían sacado de su propia habitación. Después hubo alrededor de seis allanamientos en la casa, algunos de los cuales se produjeron incluso mientras vivía Montesinos allí, estando él presente en varios de ellos".

De acuerdo a la división de áreas efectuada por el ejército para el "combate antisubversivo", resultan responsables de la detención, secuestro y desaparición de Leonardo Amador Montesinos el titular del I Cuerpo de Ejército, general Carlos Guillermo Suárez Mason; el jefe de la subzona 11, general Juan Bautista Sasiain y el coronel a cargo del área 113, en jurisdicción del Regimiento de Infantería Mecanizada 7 de La Plata, Roque Carlos Alberto Presti.

## VI

A la mañana del día de su desaparición Don Mateo Montesinos habló por última vez con su hijo, desconociendo desde luego todo lo que pasaría en las horas por venir. Leonardo iba a asistir al casamiento de una amiga, con la cual se habían criado juntos, y le había encargado al padre unas diligencias para tal compromiso.

De eso hablaron por teléfono, sin ninguna otra cosa que los preocupara a ambos, en conjunto o por separado.

Entre otras cuestiones que tenía pendiente Leonardo, el padre estaba encargado de seguir el trámite por el cual, en la municipalidad local, se gestionaba el carnet de conductor. Aunque parezca mentira, recién a los 23 años se había decidido a aprender a manejar, clases que le daba su padre y, una vez que más o menos le tomó la mano al vehículo, decidió solicitar la licencia. Claro que, como se sabe, estas diligencias burocráticas no se resuelven en el momento, así que una vez cumplimentados los requerimientos, dejó que transite por todas las etapas necesarias, para una vez listo pasar a retirarlo y entonces sí, con todas los papeles que marca la ley, salir a disfrutar sólo, por vez primera, de la conducción de un automóvil.

Pero alguien le arruinó aquella posibilidad, deteniéndolo clandestinamente. Nunca llegó a usar el carnet, que fue retirado de la comuna por su padre, en la esperanza de que, cuando volviera a casa, seguramente preguntaría qué había pasado con su registro.

## VII

Cuando se percató de la ausencia de su hijo, pues se había interrumpido todo contacto, Don Mateo Montesinos comenzó a moverse –como lo hizo la mayoría de los papás-, con la fuerza que otorga la desesperación por conocer el paradero de un hijo desaparecido.

Recurrió a amigos propios y de Leonardo, visitó a funcionarios, curas y escribió solicitando datos a toda autoridad que, le dijeron, podía consultar. Siempre recibió una misma y agónica respuesta: “estamos averiguando”, con lo que no sólo no satisfacían un reclamo impulsado desde la impotencia y el dolor, sino que agravaban el sufrimiento de gente que, de la noche a la mañana, debió salir a golpear puertas, escribir cartas y clamar por la suerte nada más y nada menos que de un hijo.

Antes de su fallecimiento recordó con pesar aquel transitar fatigoso por personas que nada le dijeron sobre Leonardo, intuyendo que callaban todo lo que sabían. “Por qué nunca me dijeron la verdad, si ellos sabían. Ellos me podrían haber ayudado, darme una esperanza, pero no tenerme como un corderito, de acá para allá”.

Cuando vio que todos los caminos estaban agotados, que Leonardo probablemente nunca más aparecería, sólo rogó a Dios porque no haya sufrido, pues su hijo era blando ante el dolor y a sus oídos, ya sí, había llegado la versión de que “les ponían bolsas de nylon en la cabeza, toallas mojadas, que se yo lo que les hicieron. Eso no se puede perdonar... yo perdonaré muchas cosas, pero eso no lo puedo perdonar”.

## VIII

Por desgracia todo indica que tampoco ese ruego tuvo respuesta positiva. La última vez que se vio a Leonardo Amador Montesinos fue detenido en la Comisaría 5° de La Plata, ubicada en calle 24 entre 74 y 72, lugar que entre 1976 y 1978 funcionó como centro clandestino de detención, en el cual se sometían –ver capítulo “De muestra basta un botón”-, a los prisioneros a las más horribles vejaciones y torturas.

Eso fue lo último que se supo de Montesinos, el joven que soñó con ser médico y al que los compañeros de época todavía creen ver, parado en una esquina

cualquiera, imaginando como tantos otros que aquello que sucedió realmente no pasó.

Entonces descubren a "Leo" en cada persona con sus características –flaco, alto y de barba-. Les duele comprobar que no es quien creyeron o quisieran que sea, pero lo recuerdan. Y recordarlo es una manera de mantenerlo vivo, aunque sea en la memoria.